



## La socialización marginal en el trabajo de servicio en la España del Siglo de Oro. Aproximación a su análisis.

Ana Inés Rodríguez Giles  
Universidad Nacional de La Plata - CONICET

### Resumen

Durante la temprana modernidad parte de los pobres fueron marginados y criminalizados debido a que no se insertaban en el mercado laboral, motivo que condujo a que fueran instigados al trabajo compulsivamente. La falta de especialización de estos hombres, así como su carácter urbano, fueron factores que contribuyeron a su inserción en diversas ocupaciones de servicio. Los criados no eran económicamente productivos, sino que su función tenía sentido en el marco socio-cultural, ya que servían a la reproducción de status de sus amos. Este tipo de actividades fueron ampliamente descritas en el corpus de novelas que compone el género de la picaresca española, en el cual podemos observar un retrato sobre cómo imaginaron los literatos —que refractaron en sus obras una concepción social— las prácticas de los servidores. *El Guzmán de Alfarache* ilustra, a través de las sucesivas ocupaciones de servicio en que se emplea el protagonista, las formas de socialización que existían entre los mozos en el espacio doméstico, donde reproducían las conductas marginales en el marco de socialización "no marginal" que les era impuesto. El análisis que proponemos pretende indagar acerca de este problema en la crítica ilustración realizada por Mateo Alemán en *El Guzmán...*

**Palabras clave:** picaresca — marginalidad — servidumbre — trabajo — socialización

El pícaro constituía un tipo de marginal específico porque no generaba mercancías y sobrevivía a través de actividades relacionadas con el servicio para un amo. También construía el status de este último, siendo empleado por la nobleza menor y la burguesía que lo utilizaba como instrumento de ostentación para erigir la imagen de su poder, a partir de su capacidad para disponer sobre un gran número de dependientes (Maravall 1987: 213). Los mozos tenían un rol doméstico que, en tanto que no requería habilidades por parte de quien la desempeñara, podía ser realizada por los hombres "sin oficio", esto es, marginales que estaban disponibles para ello ya que la ley los obligaba a trabajar. Aquí encontramos una contradicción, ya que un actor marginal de la sociedad se convertía en una parte de la configuración del status de un individuo de clase superior. Los marginales constituían, en este contexto, un objeto no cualificado para la contratación temporal (Vilar 1993), debido a que su existencia itinerante y desvinculada les impedía mantener relaciones estables, lo que provocaba la ruptura de dichos convenios.

El servicio había perdido el sentido de entrega personal como consecuencia de la monetarización de la paga. En la primera ocasión en que Guzmán es contratado, el convenio deviene de una propuesta "a soldada", exteriorizando el valor monetario del trabajo. Esto implica la reducción del servidor a la condición de asalariado, trastornando los modos tradicionales de relación entre amo y criado, y convirtiéndose el trato recíproco en prestación



y contraprestación mecánicas. Este fenómeno contribuye a la explicación de los robos y traiciones por parte de los mozos hacia sus amos.

El protagonista tiene una visión transitoria de la servidumbre (“no me pareció de presente malo”), aunque se trata de una falsa pretensión, ya que el servicio ocupa periódicamente la existencia del pícaro. Desde el inicio de la novela, el narrador exhibe su aversión a dicha ocupación, vinculando este sentimiento con su posición social pretérita, ya que considera que fue enseñado a mandar, identificándose con el estamento de los amos (Micó 2006: 270); esta conciencia de la diferencia de su origen respecto a los demás criados se reitera a lo largo de la obra. El pícaro abandona el primer trabajo, pues si bien se trata de una vida descansada, él la cambia por la de vagabundo porque considera que quedarse es deshonoroso (“no quisiera ser allí hallado, por mil vidas que perdiera”), y compara la cobardía de quien sacrifica su libertad en pos de la seguridad, con la valentía de los jóvenes mendigos que deambulaban por los caminos a pesar de los riesgos penales y económicos de dicha existencia (Micó 2006: 274)<sup>1</sup>. Además, el narrador considera vergonzosa la servidumbre por la clase de sujetos que están ocupados en ella. Así, los criados y criadas son calificados como:

un criado bellaco, sisador, mentiroso, como los de hogaño. Y si va por atajo, ha de ser tonto, puerco, descuidado, flojo, perezoso, costal de malicias [...] necio y desvergonzado en gruñir. Una moza o ama que quiere servir de todo, sucia, ladrona, con un hermano, pariente o primo, para quien destaja tantas noches cada semana; amiga de servir a hombre solo... (Micó 2006: 295 y 296).

A diferencia de sus compañeros, el protagonista promete, cuando lo contratan, hacer “lo que mandaren y supiere hacer o pudiese trabajar; que quien se pone a servir ninguna cosa debe rehusar en la necesidad, y a todas las de su obligación tiene alegremente de satisfacer” (Micó 2006: 301), exponiendo de este modo lo que podríamos considerar el ideal del buen criado, que radica en la subordinación y fidelidad absolutas. Estas características no se pueden cumplir en la realidad porque las conductas de los sujetos contratados para este tipo de ocupaciones son substancialmente opuestas a estas cualidades. Además encontramos un recurso irónico de Alemán: la ética de un truhán y un deseo de distinción, a la vez.

El ingreso en la servidumbre guarda un carácter lúdico según vemos desde el primer convenio, y constatamos a lo largo de la novela. Quien lo contrata presupone el carácter fugitivo del muchacho que estaría “huyendo de casa de su padre o de su amo”, mostrando así la personalidad esquiva de este tipo de servidores, característica que, aunque es conocida, no genera aversión, sino que se admite que estos jóvenes eran adecuados a esta función. Esto pone en vilo la imagen del marginal como sujeto rechazado que el autor presenta a título personal en el prólogo a la obra. Esta forma de contratación es una de las causas de la socialización marginal dentro de las casas de los señores, donde las conductas desviadas resultan admitidas.

La novela hace referencia a que los amos dan “corto salario” a sus criados y “se sirven de necesitados y dellos hay pocos que sean fieles” (Micó 2006: 314), provocando los robos. El protagonista considera tener derecho a hurtarle al señor aquello que debería pagarle. Este

---

<sup>1</sup> Aquí el pícaro está empleando una argumentación digna de un caballero andante, lo cual guarda paralelismos con el *Quijote*.



fenómeno era recurrente y reconocido incluso entre los moralistas (Maravall 1987: 210). Así, el embajador de Francia “No me señaló plaza ni oficio: generalmente le servía y generalmente me pagaba. Porque o él me lo daba o en su presencia yo me lo tomaba en buen donaire” (Micó 2006: 465).

La marginalidad social del narrador sirve para la evaluación distanciada de los actores sociales retratados ya que, por su condición, no se identifica con ninguno de ellos. Sin embargo, el narrador se vale de su mirada distante de ambos grupos y sostiene: “...mi amo y sus compañeros, yo y los míos, ayudantes y trabajadores, teníamos más que hacer en poner cobro a lo hurtado que sazón a los manjares ¿Cuál andaba todo, que sin orden, cuenta, ni concierto!” (Micó 2006: 325). Todos resultan, juzgados por el pícaro, delincuentes. Pero podemos especificar cuatro tipos de transgresión, si clasificamos por los grupos participantes en ella: por un lado los señores, robando en el marco de sus propias ocupaciones (recordemos al respecto los aportes acerca de los burgueses, usureros y financieros realizados por M. Cavillac [1994]), que no es rapiña menor ni doméstica, sino una maquinaria de la sisa del excedente social dañina para el reino. En segundo lugar los hurtos que realizan los mozos sobre los bienes de los señores dentro de la economía doméstica, que pueden ser mayores o menores<sup>2</sup>.

En tercer término encontramos los robos y engaños entre los propios criados, actitud que contradice la posibilidad de que formaran alianzas o grupos de pertenencia consolidados y estables. En consonancia con el desprecio que siente el protagonista por sus pares y en su convicción de poseer mayor astucia encontramos los robos de las escasas pertenencias —especialmente textiles— que luego puede intercambiar:

que todos eran unos leños, lerdos, poco bulliciosos, así delante como detrás de su señor. Tan tardos en los mandados, como en levantarse de la cama. Flojos, haraganes, descuidados, que por ser tales holgaba de hacerles tiros, acomodándolos de medias, ligas, [...] y lo más que podía, de que poblaba el jergón de la cama de mi compañero, porque no lo hallasen en la mía. En los aires lo trocaba por otro y, aunque fuera por hierro viejo, no había de quedar en mi poder (Micó 2006: 437 y 438).

La venta o consumo inmediatos de la prenda conseguida es parte de la práctica rapiñera dentro de la casa, que los servidores ejecutan contra sus amos, pero también entre ellos.

Por último, los robos menores realizados en conjunto por ambos sectores sociales, donde encontramos la alianza temporal, dentro del ámbito doméstico, entre el amo y aquel que, o bien ya le robó, o bien podría hacerlo. Los mozos asimilan diversas formas de hurto a partir de la relación con sus amos, funcionando como cómplices de los sujetos integrados socialmente, que necesitan su intervención. Guzmán se instruye en variados trucos para estafar en su primer trabajo, como servidor de un arriero que lo induce a ello (Micó 2006: 270). Los amos hacen uso de estos sujetos traicioneros y poco confiables, características que son

---

<sup>2</sup> Referimos dos episodios que no trataremos, porque pertenecen a otra parte de la obra y la extensión de este trabajo no lo habilita. La estafa que realiza Aguilera, mozo de un mercader, en alianza con Guzmán y Sayavedra (2, II, 5), donde el criado interviene en la actividad económica de su amo. En segundo lugar, la malversación que realiza el protagonista cuando administra la hacienda de su ama (2, III, 7).



compartidas por los actores de diversos sectores sociales; pero los señores, gracias a su posición de clase-estamento, pueden tener este tipo de desviaciones sin ser juzgados como delincuentes, según el autor, que tiene una mirada antropológicamente negativa del hombre y considera que todos los hombres son deshonestos por naturaleza. Las asociaciones efímeras entre criados y señores propuestas por los últimos dan oportunidades ocasionales a los mozos para operar con pequeños delitos compartidos con sus amos. Así, cuando Guzmán roba el vaso de plata a su señor, encuentra la complicidad de su ama para reemplazarlo y, gracias a esta alianza, logra sacar ganancia de ese hurto (Micó 2006: 305 y 306). El robo realizado por el criado cobra un sentido diferente del original gracias a la intervención de su señora, que necesita del mozo para engañar al jefe de la casa, con lo cual le otorga al servidor una nueva oportunidad para tener una ganancia, estafándola a su vez. Los señores parten de la consideración de los criados como ladrones, sin embargo confían temporalmente en su fidelidad y complicidad, que encuentran sólo si los mozos pueden aprovechar esta oportunidad en su propio beneficio —traicionando generalmente a quien se fió de ellos.

El trabajo de servicio puede, como consecuencia del favoritismo y obsecuencia de los señores, devenir en una educación nociva para el servidor si es excesivamente consentido por los amos que, sin embargo, tienen la posición de superioridad respecto al dependiente y su carácter de dadores de gracia, señalando así que es su decisión otorgar determinados beneficios a cambio de lealtad. La relación de traición del criado y su consideración está teñida por el afecto que el amo puede sentir por él, que puede provocar el perdón frente a sus robos y engaños. Además, los mozos son obsequiados con objetos residuales que pueden ser revendidos por el pícaro, tal como hace con aquellos que roba: “Por cualquiera niñería que hiciera, todos me regalaban: uno me daba una tarja, otro un real, otro un juboncillo o sayo viejo...” (Micó 2006: 302).

A lo largo de la obra se reitera que Guzmán se pierde por la mala influencia que ejercen los criados con quienes él socializa. La condición viciosa de aquellos que acompañan al pícaro es un tópico procedente de las recomendaciones de la moral en su función educativa (Maravall 1987: 317). Sin embargo, la narración demuestra que el protagonista tiene mayores inclinaciones por la delincuencia y el juego que los demás servidores, ambos relacionados entre sí, ya que los robos sirven para sustentar su vicio. En este punto resulta fundamental observar la escisión Guzmán-otros mozos idealizada por el narrador: “Sólo quiero decir que estas desórdenes en todos me hizo a mí como a uno dellos. Andaba entre lobos: enseñéme a dar aullidos” (Micó 2006: 315), prosigue: “pues degeneré de quien era, haciendo lo que no debía. Perdíme con las malas compañías, que son verdugos de la virtud [...]. Cuando comencé a servir, procuraba trabajar y dar gusto; después los malos amigos me perdieron dulcemente” (Micó 2006: 318). Así queda anulada la posibilidad de que existan criados honrados, pues en caso de que un hombre lo fuera en el momento de ingreso en la servidumbre, su corrupción sería ineludible por la propia socialización dentro del ámbito doméstico. Luego continúa refiriéndose a la diferencia entre aquellos que están entrenados en el robo y él, que es novato. Además, indica que el servicio sirve para medrar gracias a los hurtos domésticos, otorgándole a la ocupación un sentido diferente del original:

No puse los ojos en mí, sino en los otros. Parecióme lícito lo que ellos hacían, sin considerar que, por estar acreditados y envejecidos en hurtar, les estaba bien hacerlo,



pues así habían de medrar y para eso sirven a buenos. Quise meterme en docena, haciendo como ellos, no siendo su igual, sino un pícaro desandrajado (Micó 2006: 318 ).

En el inicio de su experiencia como ladrón dentro de la casa, el pícaro confunde valorativamente el actuar de sus compañeros; según vemos, el personaje ha hecho una evaluación al respecto. Aquí se indica el comienzo en la carrera en la que se destacará más tarde por ser sus robos más grandes y arriesgados. Sin embargo, reconoce que comienza siendo “inocente” respecto a sus compañeros, a quienes imita a pesar de su diferencia de origen.

La ociosidad funciona para el narrador también como tiempo sin ocupación, que el protagonista utiliza para ampliar su riqueza: se ocupa de vender los “percances” de los demás criados, actividad en la que adquiere destreza dentro de la casa (Micó 2006: 311). Este negocio guarda relación con la venta de aquellos bienes que el mozo roba o le son regalados por sus amos. De este modo, tanto la socialización marginal en la casa del señor, como la propia relación entre él y los otros servidores, colaboran a la práctica delictiva entre los criados. La ociosidad —que, debemos recordarlo, era la premisa de la persecución de los vagabundos— es también la causa de los vicios. La novela es funcional a la reproducción de dicha concepción social: “La ociosidad ayudó gran parte y aun fue la causa de todos mis daños. Como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe” (Micó 2006: 318). El narrador sostiene que el juego es una actividad compartida por los demás criados (Micó 2006: 315), pero a lo largo de la obra constatamos que esta práctica no es parte de la socialización de los servidores, sino que está presente entre las licencias de los amos, con quienes el narrador pretende compartir algunas características identitarias. Todo esto refracta también que amos y criados, aun con la misma cultura, no pueden mezclarse en la sociedad estamental y que la ley (el castigo de los delitos) exhibe esa realidad social.

Las descripciones de los hurtos están usualmente acompañadas por la de su habilidad en el juego, aparejando ambas actividades y la destreza desarrollada en ellas. El joven comienza a robar valiéndose de la confianza ganada previamente, constituyendo una herramienta fundamental para el éxito en los robos: “Luego que allí entré, no se hacía de mí mucha confianza. Fui poco a poco ganando crédito, agradando a los unos, contentando a los otros y sirviendo a todos; porque tiene necesidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer” (Micó 2006: 308). Pero la confianza que él gana es exclusiva y, sumada a su ingenio consigue que los compañeros resulten sospechosos. La perspicacia es una característica de los pícaros, fundamental para su supervivencia, basada en la adaptación veloz a diversas circunstancias. Aquí la vemos aplicada a la sisa doméstica, pero también podemos observarla en otro tipo de actividades rapiñeras, como la estafa, el robo callejero o el limosneo, en las cuales, también, el pícaro necesita contar con la confianza de quien será engañado, estafado o robado, lo cual torna sobre la discusión acerca del temor y rechazo que generaban estos marginales en la sociedad global. Así, observamos que la traición a los otros mozos es parte del éxito de Guzmán para los robos dentro de la casa: “Muchas cosas que hurtaba las escondía en la misma pieza donde las hallaba, con intención que si en mí sospechasen, sacarlas públicamente, ganando crédito para adelante; y si la sospecha cargaba en otro, allí me lo tenía cierto y luego lo trasponía” (Micó 2006: 304). Pero la credibilidad



ganada no es absoluta, sino que los amos ponen trampas al criado, dándole falsas oportunidades para robar, pero el protagonista reconoce esta práctica y no hurta en estos momentos (Micó 2006: 310); de este modo, el engaño mutuo y el duelo de astucia contribuyen al entrenamiento del pícaro en sus malas artes. Este tipo de actitudes que vemos en el ámbito doméstico, vinculadas con el engaño, la traición y el robo, refractan las que el marginal establece con el resto de la sociedad.

Debemos tener en cuenta esta particularidad de los lazos entre marginales, porque es la que impide que pueda haber un vínculo permanente con sus amos, pero también entre ellos, negando la posibilidad de que exista una comunidad compacta tal como es denunciado en variados escritos del período, que apelan a exhibirlos como una contracultura con organizaciones permanentes. En este caso vemos que el desprecio por la propia condición, que no es asumida por el protagonista constituye la motivación para la traición. Todos los criados acostumbran a robar, práctica considerada como parte inherente a la ocupación: "Despensero, cocinero, botiller, veedor y los más oficiales, todos hurtaban y decían venirles de derecho, con tanta publicidad y desvergüenza como si lo tuvieran por ejecutoria" (Micó 2006: 308). El narrador encuentra en principio, como vimos más arriba, que *había considerado lícito* lo que los criados hacían, así denota que se trataba de una equivocada apreciación suya. Aquí, una vez que ha avanzado en su experiencia como servidor, refiere que los demás mozos evalúan este tipo de robos como parte de una regla consuetudinaria, por lo que no sólo hurtan, sino que lo hacen abiertamente. Sin embargo, se trata de una práctica rapiñera de sacar pequeñas porciones de los alimentos que son derrochados en banquetes en los cuales los criados no tienen participación: "No había mozo tan desventurado, que no ahorrara los menudillos de las gallinas o de los capones, [...] desde lo más necesario hasta lo de menos importancia que en una casa de un señor se gasta" (Micó 2006: 308). Así, estos pequeños hurtos al patrón no tienen el objetivo de satisfacer el hambre —aspecto que encontramos en *El Lazarillo*—, sino que se trata de una actitud compulsiva, consecuencia de la convivencia con las riquezas en cuyo goce no participarían de otro modo. Los señores reconocen como parte de la dinámica de la casa los malos comportamientos de los criados, que deben tolerar y admitir porque conviven con marginales y los consideran como tales, generando un sistema de control relativamente laxo: "De todas estas travesuras, por maravilla llegaban de mil una en los oídos de mi amo, ya porque los agradaba, no querían ponerme mal y me echara de casa, o ya porque, aunque me lo reñían, viendo que todo el mundo era uno, nada se admiraban" (Micó 2006: 319). Pero existen algunas reglas, que los mozos no pueden quebrar, referidas, por ejemplo, a los objetos que no deben robarse, así como al nivel de privacidad que se viola o al método que se utiliza para hacerlo. Quienes están a cargo del control de este tipo de normas son los servidores de mayor jerarquía, mostrando la estratificación del servicio y la fidelidad que refleja cada cargo, además del conocimiento de las prácticas de los mozos de inferior condición, en un sistema de vigilancia coercitiva dentro del estrato de los servidores. En la novela, a partir de un robo realizado por Guzmán, que excede los límites permitidos, el amo encarga su resolución a su primer servidor:

Como era pieza conocida y faltase de allí, comenzó la sospecha general. [...] Y desto pesara mucho monseñor, tener en su casa quien se atreviera a falsearle cerraduras y más las de dentro de su retrete. Llamó a sus criados principales para que la verdad se



supiera. [...] el mayordomo [...] dijo que llamasen a todos los criados para que, encerrados en una pieza, se hiciera en ellos cala y cata y en sus aposentos, porque obra semejante no era de hombre de razón, sino atrevimiento de criado mozo" (Micó 2006: 440).

Estos marginales pueden ocupar posiciones diversas y cambiar de estado velozmente dentro de la configuración de status de una casa. Así, como consecuencia del robo antes referido, Guzmán es "azotado y desterrado del servicio de la cámara", quedando degradado a servir a un subalterno (Micó 2006: 442). A lo largo de la obra el personaje se subordina no sólo respecto a sus amos sino que también lo hace hacia a otros dependientes, a quienes sirve.

Poco tiempo después de haber entrado al servicio del cardenal, Guzmán es enseñado por otro criado acerca de la metodología para hurtar la cera de las hachas y cómo dicha rapiña es reinvertida por los criados: "El que puede acaudalar un cabo, ya ése tiene un patrimonio, hace grandezas, compra pasteles y otras chucherías", pero también las reprimendas que reciben, castigos que son temidos pero no respetados: "más acaso si en ello lo hallan, en azotes lo paga, que es un juicio. Sólo esto [la cera de las hachas] se permitía hurtar, digo se hurtaba, menos mal, que si se nos permitiera..." (Micó 2006: 436 y 437). Así, vemos que los mozos entienden los límites de tolerancia respecto al proceder de los subordinados.

El narrador critica la actuación limitada, temerosa y mediocre de sus compañeros: "Eran ellos tan rateruelos, que nunca les vi meter mano en otra cosa [que la cera], dejado a parte de comida, que las tales consúmense y nunca se venden. Y aun en esto hacían mil burradas..." (Micó 2006: 437). El protagonista percibe la diferencia respecto a los bienes que son robados, según se vendan o consuman, estableciéndose también la distinción en la astucia que cada uno implica; así, critica los robos menores por considerarlos vulgares, a diferencia de las estafas que él realizará. Debemos atender a esta distinción, ya que los mozos no son grandes ladrones, sino que se dedican especialmente a la sisa en los alimentos. Los criados son acusados por el protagonista no sólo por viciosos y traicioneros, sino que fundamentalmente se observa su carencia de audacia, que es lo que diferencia, además de la condición de perezosos, a Guzmán entre todos ellos:

El diablo trajo a palacio necios y lerdos, que se dejan caído cada pedazo por su parte; gente enfadosa de tratar, pesada de sufrir y molesta de conversar. El hombre ha de parecer al buen caballo o galgo: en la ocasión ha de señalar su carrera y fuera della se ha de mostrar compuesto y quieto (Micó 2006: 437).

Esta descripción de los criados, respecto de quienes el personaje pretende diferenciarse, puede leerse como la representación de un mismo sujeto que, mientras puede tener comportamientos adecuados a la descripción presente en la primera parte del pasaje, a la hora de actuar en su propio beneficio puede mantener las conductas señaladas en la segunda sección.

## **Conclusión**



Los marginales que fueron compulsados a ocuparse durante la temprana modernidad cumplieron ocasionalmente la función de criados dentro de las casas de la baja nobleza, en cuyo seno establecieron vínculos, tanto entre ellos como con los sujetos integrados socialmente, contribuyendo a la reproducción de sus conductas desviadas. De este modo, esta ocupación no devino en su adaptación social, sino que por el contrario sirvió como vehículo para el ejercicio de las prácticas que los definían como marginales y que, además, alimentaban la caída en su condición marginada, pues una infracción podía conducir a otras mayores. Además, la estigmatización como delincuente conllevaba en estos casos la marginación. Las relaciones dentro de las casas de los señores refractan las que los marginales desarrollan fuera de ese espacio, en un sistema de vínculos volátiles que cambian permanentemente, como consecuencia de la traición y el delito.

Por otro lado, a través del análisis de la novela pudimos observar que los marginales que resultan denostados allí son, sin embargo, depositarios de confianza por parte del resto de la sociedad que los contrata para incluirlos en el ámbito doméstico, espacio familiar alterado por las diferencias de status en su seno. Además, vemos su imprescindibilidad para la burguesía y la baja nobleza, que los requiere para los trabajos no especializados y la construcción del status de sus casas.

Estas observaciones contribuyen a la definición de los marginales como tales: constituyen un sector social fronterizo entre la exclusión y la integración, pueden pasar de ser limosneros a huéspedes de un señor, para ser luego criados, así como compartir espacios íntimos con los señores y ser inmediatamente excluidos como delincuentes.

## **Bibliografía**

- Cavillac, Michel (1994). *Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache*, Granada, Universidad de Granada.
- (2003). “Pícaros y pobreza en tiempos del Guzmán de Alfarache: Cristóbal Pérez de Herrera y Mateo Alemán (1594-1604)”. *Torre de los Lujanes* 51: 15-30.
- Maravall, José Antonio (1987). *La literatura picaresca desde la historia social*, Madrid, Taurus.
- Micó, José María (ed.) (2006). Mateo Alemán. *Guzmán de Alfarache*, Madrid, Cátedra.